

mi naturaleza, y ya á los dos y tres años padecía catarros y constipados con frecuencia, lo que me hizo medio raquítico. ¡Ah! no saben las madres el daño que hacen á sus hijos con semejante método de vida. Se debe acostumbrar á los niños á comer lo menos que puedan, y alimentos de fácil digestión proporcionados á la tierna elasticidad de sus estómagos: deben familiarizarlos con el aire y demás intemperies, hacerlos levantar á una hora regular, andar descalzos, con la cabeza sin pañuelos ni aforros, vestir sin ligaduras para que sus fluidos corran sin embarazo, dejarlos travesear cuanto quieran, y siempre que se pueda al aire fresco, para que se agiliten y robustezcan sus nervieillos, y por fin, hacerlos bañar con frecuencia, y si es posible en agua fría, ó cuando no, tibia ó quebrantada, como dicen. Es increíble el beneficio que resultaría á los niños con este plan de vida. Todos los médicos sabios lo encargan, y en México ya lo vemos observado por muchos señores de proporciones y despreocupados, y ya notamos en las calles multitud de niños de ambos sexos vestidos muy sencillamente, con sus cabecitas al aire, y sin más abrigo en las piernas que el túnico ó pantaloncito flojo. ¡Quiera Dios que se haga general esta moda para que las criaturas logren ser hombres robustos y útiles por esta parte á la sociedad!

Otra candidez tuvo la pobrecita de mi madre, y

fué llenarme la fantasía de *cocos, viejos y macacos*, con cuyos extravagantes nombres me intimidaba cuando estaba enojada y yo no quería callar, dormir ó cosa semejante. Esta corruptela me formó un espíritu cobarde y afeminado, de manera que, aún ya de ocho ó diez años, yo no podía oír un ruidito á media noche sin espantarme, ni ver un bulto que no distinguiera, ni un entierro, ni entrar en un cuarto oscuro, porque todo me llenaba de pavor; y aunque no creía entonces en el *coco*, pero sí estaba persuadido de que los muertos se aparecían á los vivos cada rato, que los diablos salían á rasguñarnos y apretarnos el pescuezo con la cola cada vez que estaban para ello, que había bultos que se nos echaban encima, que andaban las ánimas en penas mendigando nuestros sufragios, y creía otras majaderías de esta clase, más que los artículos de la fe. ¡Gracias á un puñado de viejas necias que, ó ya en clase de criadas ó de visitas, procuraban entretener al niño con cuentos de sus espantos, visiones y apariciones intolerables! ¡Ah! ¡qué daño me hicieron estas viejas! ¡de cuántas supersticiones llenaron mi cabeza! ¡Qué concepto tan injurioso formé entonces de la Divinidad, y cuán ventajoso y respetable hacia los diablos y los muertos! Si os casareis, hijos míos, no permitáis á los vuestros que se familiaricen con estas viejas supersticiosas, á quienes yo vea quemadas con todas sus fábulas y embelecocos en mis

días; ni les permitáis tampoco las pláticas y sociedades con gente idiota, pues lejos de enseñarles alguna cosa de provecho, los imbuirán en mil errores y necedades que se pegan á nuestra imaginación más que unas garrapatas, pues en la edad pueril aprenden los niños lo bueno y lo malo con la mayor tenacidad, y en la adulta, tal vez no bastan ni los libros ni los sabios para desimpresionarlos de aquellos primeros errores con que se nutrió su espíritu.

De aquí proviene que todos los días vemos hombres en quienes respetamos alguna autoridad ó carácter, y en quienes reconocemos bastante talento y estudio; y sin embargo, los notamos caprichosamente adheridos á ciertas vulgaridades ridículas, y lo peor es que están más aferrados á ellas que el codicioso Crespo á sus tesoros; y así suelen morir abrazados con sus envejecidas ignorancias; siendo esto como natural, pues, como dijo Horacio: *la vasija guarda por mucho tiempo el olor del primer aroma en que se infurtió cuando nueva.*

Mi padre era, como he dicho, un hombre muy juicioso y muy prudente: siempre se incomodaba con estas boberías: era demasíadamente opuesto á ellas; pero amaba á mi madre con extremo, y este excesivo amor era causa de que, por no darle pesadumbre, sufriera y tolerara, á su pesar, casi todas sus extravagantes ideas, y permitiera, sin mala intención, que mi

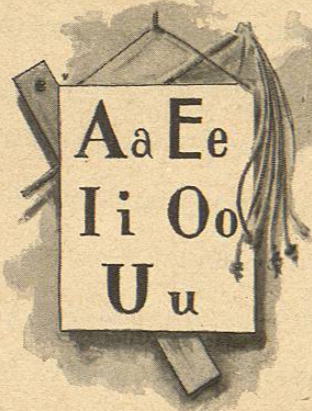
madre y mis tías se conjuraran en mi daño. ¡Válgame Dios, y qué consentido y mal criado me educaron! ¿A mí negarme lo que pedía, aunque fuera una cosa ilícita en mi edad ó perniciosa á mi salud? Era imposible; ¿reñirme por mis primeras groserías? De ningún modo; ¿refrenar los ímpetus primeros de mis pasiones? Nunca. Todo lo contrario. Mis venganzas, mis glotonerías, mis necesidades y todas mis boberas pasaban por gracias propias de la edad, como si la edad primera no fuera la más propia para imprimirnos las ideas de la virtud y del honor. x

Todos disculpaban mis extravíos y canonizaban mis toscos errores con la antigua y mal repetida cantinela de *déjelo usted; es niño; es propio de su edad; no sabe lo que hace; ¿cómo ha de comenzar por donde nosotros acabamos?* y otras tonteras de este jaez, con cuyas indulgencias se pervertía más mi madre, y mi padre tenía que ceder á su impertinente cariño. ¡Qué mal hacen los hombres que se dejan dominar de sus mujeres, especialmente acerca de la crianza ó educación de sus hijos!

Finalmente, así viví en mi casa los seis años primeros que ví el mundo. Es decir: viví como un mero animal, sin saber lo que me importaba saber y no ignorando mucho de lo que me convenía ignorar.

Llegó, por fin, el plazo de separarme de casa por

algunos ratos, quiero decir: me pusieron en la escuela, y en ella ni logré saber lo que debía, y supe, como siempre, lo que nunca había de haber sabido, y todo esto por la irreflexiva disposición de mi querida madre; pero los acontecimientos de esta época, os los escribiré en el capítulo siguiente.



CAPÍTULO II

En el que Periquillo da razón de su ingreso á la escuela, los progresos que hizo en ella, y otras particularidades que sabrá el que las leyere, las oyere leer, ó las preguntare

Hizo sus mohinas mi padre, sus pucheritos mi madre, y yo un montón de alharacas, y berrinches revueltos con mil lágrimas y gritos; pero nada valió para que mi padre revocara su decreto. Me encajaron en la escuela mal de mi grado.